

Mas ¡ay! si para el pobre caminante  
 es larga todavía la jornada,  
 ¿no habrá un recuerdo amante  
 de mi vida pasada  
 que á aligerar constante  
 venga el dolor de mi alma destrozada?...  
 ¡Gracias, gracias, espíritu radiante  
 de mi madre adorada,  
 porque al verme llorar, desconsolada,  
 has venido á abrazarme en este instante!

## LA CALUMNIA

POEMA EN DOS CANTOS

A mi querido amigo y paisano el señor  
*don Cayetano Sánchez y Bustillo.*

### CANTO PRIMERO

DICEN QUE DICEN...

#### I.

Es Marcela una esposa honrada y bella;  
 pero Jorge, su esposo,  
 ó por falta de juicio, ó por celoso,  
 ve con despecho gravitar sobre ella  
 el peso de un enigma misterioso.

Aunque Marcela ignora,  
 como alma casi exenta de pecado,  
 qué causa le ha robado  
 el corazón del hombre á quien adora,  
 esa innoble y común maledicencia  
 que añade á lo entrevisto lo inventado,  
 con reticencias viles  
 va trazando, trazando, de ella en torno  
 los siniestros perfiles  
 de unas vagas sospechas sin contorno;  
 y siendo una beldad tan candorosa,  
 y de pureza tanta,  
 que apostar se podría cualquier cosa  
 á que, más que mujer, es una santa,  
 ya siente una tristeza sin objeto,  
 pues sabe que en la vida  
 se hace verdad mentira repetida;  
 y, aunque lleva en sí misma su respeto,  
 para arrancar del corazón humano  
 la dicha y el reposo,  
 basta el aire sutil de un dicho vano,  
 como basta un gusano  
 para perder el fruto más hermoso.

#### II

Lo cierto es que Marcela, que era buena,  
 llegó á saber con pena  
 que su nombre llevaba

el sello de un destino misterioso,  
y á creer comenzaba  
que una fuerza invisible la arrastraba  
envuelta en un torrente cenagoso;  
pues una vez que con su airoso talle  
de algunos hombres la atención se atrajo,  
dijo uno de ellos, al volver la calle:  
—Tiene esa joven...—y se hablaron bajo.

## III

Y en sitios y ocasiones diferentes,  
escuchando á esas gentes  
que de todo maldicen,  
con terror este diálogo oyó un día:  
—Dicen que dicen...—una voz decía.  
—Pero ¿qué dicen?—¿Qué? Dicen que dicen...  
Así era su virtud inmaculada  
poco á poco empañada,  
con ese vago modo  
con que acostumbra á suponerlo todo  
el que no sabe nada;  
pues es cosa probada  
que la calumnia astuta  
crece también entre la gente honrada  
como en un bosque virgen la cicuta.

## IV

Mas ¿por qué Jorge, que á sentir comienza  
un malestar no exento de vergüenza,  
sabiendo que Marcela es inocente  
y siendo él además tan buen marido,  
de noble y de galán se ha convertido  
en un hombre vulgar é inconveniente?  
¿Por qué? Porque en calumnia convertida  
cualquier maligna chanza,  
la más serena vida  
llega á ser un infierno sin salida,  
sin amparo, sin luz, sin esperanza.  
Y como de ella al corazón herido  
cada vez más la duda la exaspera,  
ya mira á su marido  
con un poco de lástima altanera;  
y el desdichado esposo,  
con rostro enjuto y aire desdeñoso,  
teniendo al qué dirán un miedo horrible,  
duda, observa, medita, y meditando  
si alguna acción perjura

es posible en Marcela ó no es posible,  
consigo mismo á intervalos hablando,  
á media voz monólogos murmura,  
que esta es la presunción inevitable  
de una lógica impura:  
mujer posible, es tentación probable;  
mujer probable, es tentación segura,

## V

Pero ¿qué causa había  
para dudar de honor tan acendrado?  
No sé por qué sería;  
mas debo confesar, como hombre honrado,  
que todo el mundo en el lugar sabía  
que Marcela tenía  
un precioso lunar en un costado;  
lunar que, oculto, era una hermosa gloria,  
pero que, ya sabido y comentado,  
fué el principio terrible de una historia:  
historia que fué en cuento convertida,  
y hecho el cuento después noticia grave,  
siempre á Marcela unida  
la siguió todo el resto de su vida,  
¿adrede ó sin querer? Nadie lo sabe.  
Sólo es cosa sabida  
que, en el flujo y reflujo de la vida,  
para cualquier galán, aun siendo hidalgo,  
saber que hay un lunar, ya es saber algo;  
y al contarlo, del modo más sencillo,  
la noticia primero corre y corre...  
y después sube y sube...  
y así sobre el lunar se alza un castillo,  
y sobre éste después se alza una torre...  
la torre se circunda de una nube,  
y, deshecha en torrentes,  
la nube arrastra un nombre por el lodo,  
nombre que infaman las odiosas gentes,  
que, siempre maldicientes,  
encuentran algo que decir de todo.  
Por eso Jorge, con el alma herida,  
siente un tósigo arder en sus arterias;  
pues, más que en desengaños, en la vida  
consisten en las dudas las miserias;  
y siempre receloso  
el desdichado esposo  
tornando á su dolor no halla la calma,  
pues vuelve al fin, cuando se está celoso,  
como á la playa el mar, la pena al alma.

## VI

Teniendo ya Marcela, casi loca,  
 una arruga imborrable entre las cejas,  
 y pálida, además, aquella boca  
 que engañaba en el campo á las abejas,  
 en una idea fijo  
 su, hasta entonces, espíritu perplejo,  
 —Entre la muerte y la deshonra—dijo—  
 ¡morir!—y del gran trágico al consejo,  
 más de virtud que de arrogancia llena,  
 á la muerte después marchó serena;  
 porque ninguno sabe  
 la abnegación magnánima que cabe  
 en un alma sencilla, honrada y buena.

## VII

A Marcela, el esposo enamorado,  
 sin quererla matar como un malvado,  
 la deja que se muera poco á poco.  
 Pero ¿Jorge es un loco?  
 Es que la ama tan mal el desdichado,  
 que, hablándola una noche de ese modo  
 con que habla siempre el que no sabe nada,  
 le dijo de improviso:—¡Lo sé todo!—  
 Pero ella, hasta los ojos colorada,  
 le replicó con sencillez honrada:  
 —¡Mientes! ¡mientes! y ¡mientes!...—  
 Y al decirlo en tres tonos diferentes,  
 se elevó á la expresión de una inspirada.

## VIII

Llora un día Marcela... y de repente,  
 con ceño entre las cejas permanente,  
 coge un vaso con mano temblorosa,  
 y fija ante una idea tenebrosa,  
 pidiendo á Dios perdón alzó la frente;  
 y, después de beber no sé qué cosa,  
 con un aire sublime de paciencia,  
 mirando á su marido,  
 que matarse la ve con indolencia  
 como un juez por el opio adormecido,  
 —¡Adiós!—le dice—¡adiós! Como no puedo  
 dejar de amar lo que olvidar quisiera,  
 en prueba del perdón que te concedo

pediré á Dios por ti cuando me muera.—  
 Y, hablando de esta suerte,  
 por el mortal licor desvanecida,  
 sintiéndose morir ve que es la muerte  
 mucho menos terrible que la vida.  
 Ya fría y con los labios azulados,  
 fué adquiriendo por uno de sus lados  
 su boca, esa angustiosa curvatura  
 con que un sabio marcó los desahuciados.  
 Y sin alzar más queja,  
 y en secreto llorando,  
 su voz se fué apagando,  
 cual la voz de un viajero que se aleja;  
 los grandes ojos que abre enajenada,  
 algo invisible en contemplar se aferran;  
 su sien deja caer sobre la almohada,  
 y ven sus ojos, que al morir se cierran,  
 antes luz, después sombra y luego nada.

## IX

Marcela, virtuosa y sin consuelo,  
 murió así; pero Dios está en el cielo;  
 y Jorge, tan celoso como amante,  
 no templando la muerte sus enojos,  
 el cabello apartó de aquel semblante;  
 no la dió un beso, la cerró los ojos;  
 y mientras en tal día,  
 con mezcla de pesar y de alegría,  
 de su deshonra, que juzgaba cierta,  
 el término veía,  
 ¡una lágrima fría  
 corrió por el semblante de la muerta!

## X

Por vergüenza, y por orden del esposo,  
 en la fosa común después fué echada.  
 ¡De este modo el celoso  
 perder hizo en la sombra ilimitada  
 el cuerpo más hermoso  
 de la mujer más buena, que muriendo  
 olvidó sus agravios,  
 y noble á su verdugo bendiciendo,  
 como las santas expiró, teniendo  
 el perdón en el alma y en los labios!

## CANTO SEGUNDO

## ERA MENTIRA

## I

No hay en la vida modo  
de guardar un secreto;  
que el tiempo, ese grandísimo indiscreto,  
acaba al fin por revelarlo todo;  
y por eso hoy, sin discreción, revela  
que, cuando era Marcela  
la pequeña mimada de la casa,  
su cuerpo entero hizo pintar su abuela  
cubierto con el velo de una gasa;  
pero Jorge el esposo  
nada de esto sabía,  
hasta que el triste, de la abuela un día  
recibió aquel retrato misterioso  
envuelto en un papel que así decía:  
«Por si esto te consuela—  
la abuela le escribía—  
te remito el retrato de Marcela  
de cuando era muy niña todavía.»  
Mira Jorge el retrato y ve un querube  
que á través de una tela transparente  
se destaca gentil y sonriente  
como el amor que sale de una nube;  
y á Marcela contempla que, hechicera,  
un pintor de la escuela sevillana  
la retrató con luz de la mañana  
lo mismo exactamente que si fuera  
la Asunción de Murillo en carne humana;  
y entre la luz sombría  
de burbujas de gasa como espuma  
que á la niña cubría,  
en un lado un lunar se traslucía  
en lo interior de una sagrada bruma;  
bello lunar, fatal para Marcela,  
pues fué á propios y extraños  
*urbi et orbi*, enseñado por su abuela,  
candorosa mujer de sesenta años.

## II

Cuando Jorge, aterrado,  
vió esta ventana abierta de repente,  
que arrojaba una luz tan refulgente

sobre el cuerpo de un ser idolatrado,  
ante el lunar fatídico, suspira,  
pensando en su injusticia del pasado;  
y los ojos con saña,  
como buscando un arma, en torno gira;  
pues claro ya por el retrato mira,  
que es más vil la calumnia que con maña  
injerta en la verdad una mentira,  
y ve cómo la ruín maledicencia,  
dibujando en lo noble lo execrable,  
de Marcela adorable  
tendió sobre la cándida inocencia  
esa niebla sutil de lo probable;  
niebla que, ora subiendo, ora bajando,  
se espesa poco á poco, y, desplegando  
el imperio terrible de la sombra,  
por su interior, impuros circulando,  
de la humilde virtud hacen alfombra  
para verter sobre ella su veneno  
los monstruos de las sombras y del cieno!

## III

¡Sí! ¡Sí! Cuando contempla de Marcela  
aquel bello lunar en el costado,  
maldice, enamorado,  
el funesto capricho de su abuela:  
pues ve ya claro que en la humana vida  
va la calumnia á la virtud asida  
como al olmo la hiedra,  
que crece luego al viento y desprendida,  
con savia, en los alientos recogida,  
se alimenta, se agranda, crece, medra,  
y el aire en ondas repetidas hiende,  
como el agua en que cae alguna piedra  
en círculos concéntricos se extiende!

## IV

Y esta vez, por lo menos, razonable  
reconoce, sus dudas recordando,  
que un celoso es un ser insoportable;  
y de pronto, soltando  
de su dolor el dique,  
con inmensa ternura contemplando  
aquella atroz calumnia echada á pique,  
besa con arrebató  
de Marcela el retrato,

y con la fe de un alma visionaria  
mira al cielo un gran rato,  
como el que hace á una santa una plegaria ;  
y piadoso una vez y otra irascible,  
pide perdón con humildad terrible  
á la esposa inocente,  
á aquella á quien rodeó constantemente  
la vaga hostilidad de algo invisible ;  
á aquella esposa, de honradez modelo,  
que si él tal vez la asesinó celoso,  
seguro está que á cuantos van al cielo  
pregunta con afán si es muy dichoso.

## V

Al volver Jorge en sí, no ve siquiera  
que había encanecido en una hora,  
y mira en derredor como una fiera,  
y al verse solo, se maldice y llora ;  
se retuerce las manos, y con ellas  
se cubre una y mil veces el semblante.  
¡ Oh tú, Marcela amante,  
que con divinos pies los astros huellas,  
bien vengada estarás, si en este instante  
desde lo alto le ves de las estrellas !

## VI

Y ya de rabia y de amargura lleno,  
volviendo á ser tenaz, conciso y frío,  
si la dicha primero le hizo bueno,  
la desdicha después le volvió impío ;  
pues desde el día aquel, siempre que advierte  
que algún impuro aliento  
suelta una chanza al viento  
que ni encanta, ni ilustra, ni divierte,  
y que la chanza en dicho se convierte,  
se transforma después el dicho en cuento,  
éste en calumnia y la calumnia en muerte,  
mirando al cielo exclama inconsolable :  
— ¡ Señor ! ¿ En dónde está tu Providencia ? —  
¡ Es, por Dios, una cosa abominable  
lo que el cielo consiente en la apariencia !

## VII

El desdichado esposo  
pide el olvido al sueño, pero en vano :  
y como el buen celoso

coge cizaña aunque se siembre grano,  
cruzando el cementerio eternamente  
tras el cuerpo inocente  
de una mujer tan buena,  
inquieta, busca... pero inútilmente  
de tumba en tumba va como alma en pena,  
porque aquella calumnia tenebrosa  
de ella pesó también sobre la losa ;  
pues Marcela, ya muerta y deshonrada,  
en la fosa común siendo lanzada  
como una mala esposa,  
fué por siempre perdida,  
tan infeliz en muerte como en vida.  
¿ Hubo en la tierra un ser más desdichado ?  
¡ Después que fué su nombre calumniado,  
siguiéndola hasta el fin su mala suerte,  
su cuerpo fué perdido y nunca hallado !...  
¡ El rayo á la calumnia comparado,  
es comparar el sueño con la muerte !

## DICHAS SIN NOMBRE

POEMA EN UN CANTO

Al popular escritor el Sr. D. Ramón de Navarrete y Landa (*Asmodeo*), su antiguo amigo y compañero

EL AUTOR

## I

Lo tengo bien presente:  
la quinta de Pombal, honra del Tajo,  
se encuentra río abajo, río abajo,  
saliendo de Lisboa hacia Poniente.  
En Portugal los sueños son pasiones;  
y en el bello jardín que os he nombrado,  
hecho por algún sabio enamorado  
del arte de avivar las tentaciones,  
un día, el más hermoso de mi vida,  
niñas bellas y jóvenes rendidos,  
jugamos á escondernos, y en seguida  
á volvernos á hallar bien escondidos.

## II

¡Cuánta divina cosa  
se agolpa á arrebatarnos el reposo  
en esa edad dichosa  
en que es encantador lo peligroso!  
Así una inglesa, hasta dar miedo, hermosa,  
en aquel día para mí dichoso,  
merced á la bondad de cierta prima  
que me dió cierta fama de poeta,  
al verme se animó, como se anima  
al soplo del abril la violeta;  
y siendo aquella vez la vez primera  
que del amor la música escuchaba,  
la niña me miraba  
poniendo en su mirada el alma entera;  
pues su candor, que era su grande encanto,  
era tan ultrainglés, que todavía,  
teniendo ya quince años, no sabía  
por qué los hombres la miraban tanto;  
y sin saberlo, ardiente,  
no os engaña mi lengua si os confiesa  
que en sus labios tenía, aunque era inglesa,  
los mortales perfumes del Oriente.

## III

Yo la miré también con vivo fuego,  
y, después de mirarnos,  
corrimos á escondernos: si bien luego,  
jugamos, escondidos, á adorarnos;  
que en el mundo el amor siempre está en juego.  
Y, mientras llena de inquietudes ella,  
de un rincón del jardín tomó el camino,  
más rápida y más bella  
que una fúlgida estrella  
que corre por los cielos sin destino,  
yo la seguí atrevido  
sintiéndome exaltado  
por el vapor caliente y colorado  
que arroja el Tajo por el sol herido;  
y en un cierto rincón que parecía  
á trechos arenal y á trechos prado,  
se escondió bien á espaldas de un vallado,  
para que yo la hallase si quería.

Mas lo que es una infamia, es que aquel día  
me dijo ella su nombre y lo he olvidado;  
y no encuentro manera,  
por más que la conciencia me remuerde,  
de recordarlo ahora, que era... que era...  
ya lo diré después, cuando me acuerde...

## IV

No sé bailar como se baila hoy día;  
mas llegué hasta á bailar con elegancia  
cuando yo, á los veinte años, escribía  
mis versos para el uso de la infancia;  
y hoy todavía entiendo  
que á correr (no á bailar) nadie me gana,  
aunque ya voy teniendo  
bastante edad para morir mañana.

Por eso corrí tanto, aunque sentía  
mis nervios por el rayo sacudidos,  
cuando al irse á esconder ella corría  
como una cierva al escuchar ladridos.  
¿Si por estos pueriles devaneos  
me mirará, algún día, el cielo airado,  
como miran los jueces á los reos?  
¿Por qué el tener amor será pecado?  
¿Qué mal harán á Dios nuestros deseos?

## V

Y aunque es fama que, ardiente y seductora,  
coge el saber la adolescencia al vuelo,  
y mira con placer, cuando lo ignora,  
cuánta ciencia se aprende en una hora,  
si es la hora marcada por el cielo,  
echando entonces del pudor el velo  
ni de una sola esquina  
tiraron mis amantes inquietudes,  
pues siempre, entre ella y yo, la muselina,  
haciendo una aspillera de virtudes,  
levantó una muralla de la China.

## VI

Sólo una vez, al estrechar su mano  
robó de mis entrañas el sosiego  
un poco de aquel fuego  
que ha enterrado á Pompeya y á Herculano.  
Víctima del mutismo  
que da el amor, cuando en la fiebre toca,  
se quedó en celestial sonambulismo;  
y no pudiendo hablarme con la boca,  
me hablaba con los ojos, que es lo mismo.  
¿Estaba ella en el mundo? Lo ignoraba...  
Mas ¿cómo se llamaba?... Se llamaba...  
¿Echarán nuestros nombres en olvido,  
lo mismo que los hombres, las mujeres?  
Si olvidan, como yo, los demás seres,  
este mundo, lector, está perdido.

## VII

Después quiso el destino  
que por un claro enorme que tenía  
aquel vallado pérfido de espino,  
se asomase una faz que parecía  
conservada en espíritu de vino;  
y era la cara extraña  
de la madre dichosa de la inglesa,  
que á aquel sol, que es igual al sol de España,  
tomaba esa apariencia de la araña,  
pronta siempre á caer sobre su presa,  
y que, creyendo un crimen descubierto,  
me parecía, con la boca abierta,  
la hiena que olfatea carne muerta

en el viento que sopla del Desierto;  
mas la joven, prudente,  
fingió serenidad con tanta gracia  
ante el horror de la acritud materna,  
que me hizo ver que, cuando se ama y siente,  
en materias de amor y diplomacia  
cualquiera niña es *la mujer eterna*.

## VIII

Mientras la madre, á su malicia atenta,  
me echaba unas miradas de soslayo,  
miradas mitad sal, mitad pimienta,  
la niña traspasada,  
como quien siente el látigo de un rayo,  
se volvió del jardín hacia la entrada,  
velados de estupor sus ojos bellos,  
roja la frente, pálida la boca,  
y además llenos de heno los cabellos,  
aunque no, como Ofelia, por ser loca;  
y mirándonos fuimos á hurtadillas,  
cuando ya, huyendo el sol de las estrellas,  
nos volvió á la ciudad, entre otras bellas,  
un coche empavesado de sombrillas.  
Y en tanto que en la eléctrica corriente  
de sus calores vírgenes se ahogaba,  
besaba con mis ojos santamente  
á la niña gentil, que se llamaba...  
¡Oh malhadado olvido!  
¡Para sacar del fondo de mi historia  
su nombre, en mis entrañas escondido,  
en vano, reavivando mi memoria,  
con mi tambor, por la metralla herido,  
toco llamada á mi perdida gloria!

## IX

Y cuando el hado adverso  
me arrebató hacia España al otro día,  
lo mismo que Rousseau, cuando sentía,  
me ahogaba en la extensión del universo.  
Y ¡lo que es el amor, divino cielo!  
aunque olvidé su nombre,  
de pensar si habrá amado á algún otro hombre  
casi frunzo las cejas como Otelo.  
¿Se habrá casado? ¡Oh pensamiento horrible!  
¿Cómo arde mi cabeza! ¿Estaré loco?  
¿Si habrá muerto de amor? Es muy posible;  
¡los niños muy precoces viven poco!

## X

¿Qué habrán hecho los años envidiosos  
de aquella imagen de serena frente,  
con uno de esos rostros candorosos  
que hacen pecar á un hombre mortalmente?  
¿Acaso en este crítico momento  
mandará un regimiento  
de héroes futuros, cual su madre, hermosos,  
como una valerosa coronela,  
sorda al ruido del fuego y de las balas?  
Y como el tiempo vuela,  
¿formará entre las viejas generalas?  
¡Generalas!... Esto es, ¿será ya abuela?  
¿Será abuela la niña encantadora  
que... (esperad que me acuerde) se llamaba...  
¿Diera un millón por recordar ahora  
su nombre... que acababa... que acababa...  
no sé bien si era en *ira* ó si era en *ora*!

## XI

Estoy desesperado  
al ver cuánta lectora,  
viendo mi olvido, exclamará:—¡Malvado!—  
¡Malvado! Sí, señora;  
pero yo, ¿qué he de hacer si lo he olvidado?  
Mas ¿seré el primer hombre  
que se olvidó de una mujer querida?  
¡Ay! Yo bien sé que el olvidar su nombre  
es la eterna vergüenza de mi vida...  
¡Dejad que á gritos al verdugo llame!  
¡Que me arranque á puñados el cabello!  
¡Soy un infame, sí, soy un infame!  
¡Ahórcame, lectora: he aquí mi cuello!

## XII

Mas si he de ser ahorcado  
por alguna mujer que, consecuente,  
el nombre de un amor no haya olvidado,  
entonces confiado  
aun pudiera vivir eternamente.  
Pero quiero morir, ¡oh rabia! ¡oh mengua!  
¡No hay tormento más grande para un hombre  
que el no poder articular un nombre  
que se tiene en la punta de la lengua!

¡Oh tú, mi antiguo fiador, el viento!  
Di á toros, pues lo sabes,  
cuántas veces mi amor, de pensamiento,  
la remitió memorias por las aves.  
Recuérdale á mi oído,  
canoro ruiseñor de la enramada,  
el mágico sonido  
de aquel nombre olvidado, aunque querido.  
¿Era Sara?... ¿Era Emma?... Nada, nada,  
no sale, aunque lo tengo aquí escondido!